

Recuperar el diálogo con la generación sin umbral

Este capítulo no nació de una hipótesis académica ni de una inquietud puramente intelectual. Comenzó como una pregunta íntima.

Durante los últimos años, mientras acompañaba el crecimiento de mi hijo —hoy ya comenzando la universidad— empecé a percibir que entre su experiencia del mundo y la mía no había simplemente una diferencia generacional clásica. No era la distancia previsible entre padres e hijos, no era la sana tensión cultural que toda juventud ejerce sobre la generación anterior. Había algo más profundo, más difícil de nombrar, menos reducible a gustos, lenguajes o ideologías.

Yo también fui adolescente, también discutí con mi padre y con mi madre. Pero aquellas fricciones tenían una estructura reconocible: se trataba de valores, de códigos culturales, de estilos de vida; había un marco común de experiencia que hacía inteligible el desacuerdo. Con mi hijo, en cambio, la sensación fue distinta, no porque faltara libertad —la hubo siempre— ni porque el vínculo estuviera atravesado por imposiciones rígidas. Por el contrario, nuestra relación se construyó en un formato particular, incluso poco convencional.

Tras la separación con su madre, cuando él era muy pequeño, la vida nos distribuyó en geografías distintas, a 1400 km de distancia. Sin embargo, esa distancia física nunca implicó distancia afectiva. La tecnología permitió el contacto virtual cotidiano: largas sesiones de Skype, con juegos, títeres, dibujos; luego llegó whatsapp, videollamadas desde el celular, compartir links de interés, etc. Además viajamos tanto él como yo, nos encontramos con frecuencia, con no más de tres meses de tiempo de distancia para cada encuentro, y entonces compartimos largos períodos de tiempo exclusivo. No fue una paternidad cotidiana en el sentido clásico, pero sí intensamente presente. Hubo conversación, observación, acompañamiento y una decisión consciente de involucrarme en cada proceso que atravesaba.

Fue en esa observación atenta —en los silencios, en los entusiasmos, en los cansancios, en sus noches interminables frente a una pantalla ya de adolescente— donde comenzaron a tomar forma las ideas que aquí se desarrollan. La manera en que él y su grupo de amigos organizaban la pertenencia. La centralidad de la “manada” como espacio de regulación afectiva. El modo en que el tiempo parecía transcurrir sin cortes nítidos, el agotamiento

después de horas de scroll infinito, las “noches tuiteras” en las que un acontecimiento futbolístico reorganizaba la vigilia colectiva y convertía la madrugada en foro público.

Nada de eso era anecdótico. Era sintomático.

Este capítulo comenzó en la vida real, con una pregunta paterna, pero esa pregunta, lentamente, se volvió política.

Cuerpos socializados en la continuidad

Si queremos hablar seriamente con adolescentes y jóvenes —y no simplemente hablar sobre ellos— necesitamos aceptar que no estamos ante una brecha generacional clásica, sino ante una transformación en la arquitectura misma de la experiencia. No se trata únicamente de diferencias culturales, estéticas o políticas. La mutación es más profunda, es ontológica: afecta la manera en que se organiza la percepción del tiempo, del espacio y del propio cuerpo. Quienes hoy tienen entre dieciséis y veinticuatro años no atravesaron una transición entre un mundo con interrupciones claras y otro de conexión permanente, ellos nacieron en la continuidad, no recuerdan el pasaje del silencio al flujo, el flujo es su condición originaria.

Quienes crecimos en el mundo analógico estructuramos nuestra subjetividad bajo la lógica del umbral. Existía una frontera reconocible entre el adentro y el afuera, entre el ámbito íntimo y el público, entre el tiempo de exposición y el tiempo de retiro. La casa delimitaba un espacio de resguardo; la escuela tenía horarios definidos; la noche interrumpía la conversación social; el error no quedaba archivado indefinidamente en servidores globales. Apagar el televisor o colgar el teléfono no era solo un gesto técnico, sino una acción simbólica que marcaba un cierre. Esa alternancia entre conexión y desconexión no era percibida como una excepcionalidad o algo disruptivo: era la forma natural de organización de la experiencia.

Para la generación actual, esa arquitectura mental no es vivencia, sino relato histórico. El dispositivo digital no representa una herramienta que se utiliza y se abandona, sino una prótesis permanente de socialización, una extensión del sistema nervioso. La identidad, la pertenencia, el reconocimiento y la visibilidad transcurren en un medio que no se apaga, porque la red no es exterior al sujeto, es el entorno en el que el sujeto se constituye. Esta continuidad transforma la experiencia del límite espacial y temporal, y

cuando no hay bordes claros entre espacios, el cuerpo pierde referencias de interrupción. La desconexión no es pausa neutra: puede vivirse como riesgo de desaparición simbólica.

“Me da paja”

Uno de los fenómenos que más desconcierta a las generaciones adultas es el cansancio extendido que manifiestan muchos adolescentes y jóvenes. Desde un marco interpretativo heredado de la era del capitalismo industrial, o hasta financiero, el agotamiento se asocia al esfuerzo físico visible, a la jornada prolongada de atención productiva, a responsabilidades importantes o al trabajo manual, y claro, bajo ese parámetro la fatiga juvenil parece desproporcionada. Sin embargo, el régimen contemporáneo de desgaste no opera principalmente sobre el músculo, sino sobre el sistema nervioso. La exposición constante a estímulos variables, a evaluaciones públicas y a flujos informativos fragmentarios mantiene elevados los niveles de activación basal ya que la dopamina, asociada a la anticipación de recompensa, se libera ante cada notificación o desplazamiento en el feed; y el cortisol, vinculado a la respuesta de estrés, se activa ante la percepción de evaluación social o amenaza simbólica. Cuando ambos circuitos se sostienen de manera intermitente pero constante a lo largo del día, el organismo permanece en estado de alerta difusa.

Este tipo de activación no siempre produce crisis visibles. Con frecuencia genera microtensiones acumulativas que deterioran la calidad del descanso y reducen la sensación subjetiva de recuperación. El sueño, invadido por la continuidad del dispositivo, pierde su función de corte narrativo. No se trata únicamente de la luz azul que altera la melatonina, sino de la imposibilidad de clausurar el flujo. Siempre hay algo más que revisar, responder o anticipar. El resultado es un cansancio sin causa proporcional evidente, un agotamiento que no puede atribuirse a una tarea específica pero que atraviesa el cuerpo como estado de fondo.

Cuando los adultos juzgan esta fatiga desde parámetros “industriales”, cometen un error de época. Están midiendo el desgaste cognitivo con la vara del esfuerzo físico. La inmovilidad aparente, la postergación o la búsqueda de entornos digitales estructurados —como determinados videojuegos o universos narrativos cerrados— deberían tal vez leerse no como apatía moral, sino como intentos de autorregulación frente a una sobreestimulación crónica. El organismo busca reducir demanda, disminuir incertidumbre y recuperar sensación de control en un entorno que no ofrece umbrales claros de interrupción.

La espacialidad como “paisaje” o “atmósfera”

La desaparición del umbral no es solo tecnológica; es existencial. Tiempo y espacio, que organizan la experiencia subjetiva, han sido simultáneamente alterados. La aceleración temporal y la porosidad espacial producen una continuidad que erosiona la experiencia de refugio. El dormitorio puede convertirse en escenario público mediante una transmisión en vivo; la escuela no suspende la conversación digital; la noche no garantiza el silencio. El espacio físico ya no delimita con claridad la experiencia relacional. Cuando todo espacio es potencialmente visible y todo momento es potencialmente compartible, la intimidad se vuelve frágil.

Esta configuración modifica la percepción de control, ya que en el entorno digital, el sujeto percibe —aunque sea de manera parcial o ilusoria— que puede bloquear, silenciar o abandonar una conversación. En el espacio presencial, esa mediación se reduce. El otro aparece con su imprevisibilidad corporal. No es casual que para muchos jóvenes el entorno virtual pueda sentirse más regulable que el espacio público físico. Esta inversión no responde a debilidad individual, sino a un entrenamiento perceptivo específico: el medio digital ofrece sensación de interfaz controlable en un mundo material que aparece incierto.

Si articulamos esta continuidad digital con la precariedad estructural que atraviesa amplios sectores juveniles, el cuadro se complejiza. La incertidumbre económica, el endeudamiento temprano a través de fintechs o los casinos digitales, la dificultad de proyectar independencia habitacional y la presión comparativa constante configuran un horizonte donde el futuro no aparece como promesa sino como carga anticipada. El sistema nervioso no distingue con nitidez entre amenaza física y amenaza financiera percibida; ambas activan respuestas de estrés. Así, la anticipación dopaminérgica y la vigilancia cortisolizada pueden coexistir, generando la paradoja de hiperestimulación y agotamiento simultáneos.

Comprender esta arquitectura es condición necesaria para cualquier proyecto político que aspire a dialogar con esta generación. No estamos ante sujetos moralmente debilitados, sino ante cuerpos entrenados en continuidad y velocidad. Una política que los interpele exclusivamente en términos ideológicos o heroicos sin reconocer esta dimensión neuroafectiva nacerá desconectada de su experiencia real. Si el poder contemporáneo opera modulando ritmos y capturando atención, la emancipación no puede pensarse únicamente como redistribución material, aunque ésta sea indispensable.

Debe incluir la reconstrucción de umbrales, la creación de espacios donde la continuidad se interrumpa y el cuerpo pueda recuperar espesor temporal.

Hablar de generación sin umbral no es describir una anomalía cultural, sino nombrar una forma histórica de organización de la vida. Si el capitalismo tardío logró colonizar el tiempo muerto y convertir cada segundo en recurso explotable, el desafío político consiste en devolverle al cuerpo la posibilidad de pausa sin culpa y sin miedo. Solo allí, en la restitución de límites habitables, puede comenzar a pensarse un presente respirable y, eventualmente, un horizonte compartido.

Una ontología diferente del transcurrir

La desaparición del umbral no afecta únicamente la experiencia espacial; transforma de manera decisiva la vivencia del tiempo. Las generaciones que atravesamos la transición del mundo analógico al digital conservamos una memoria corporal de otro ritmo posible. Sabemos, por experiencia biográfica, lo que significa esperar una carta, tolerar el aburrimiento, caminar sin estímulos superpuestos, dormir sin interrupciones informativas. Esa memoria funciona como contraste. Podemos reconocer la aceleración porque conocimos la pausa. Para la generación actual, en cambio, la continuidad no es aceleración comparativa: es normalidad basal. No existe registro encarnado de un tiempo estructurado por interrupciones amplias.

La teoría social ha descrito la modernidad tardía como régimen de aceleración permanente. Sin embargo, en el caso de los jóvenes contemporáneos, no estamos simplemente ante mayor velocidad en procesos históricos, sino ante una reconfiguración perceptiva del transcurrir. La arquitectura digital, basada en scroll infinito, recompensas variables e interacción sin cierre, erosiona la experiencia de secuencia. El tiempo deja de organizarse en unidades relativamente delimitadas y se convierte en flujo continuo sin final narrativo claro. Cada desplazamiento promete algo más; cada notificación abre una nueva posibilidad. La conciencia se habitúa a la expectativa sostenida y reduce su tolerancia a los intervalos prolongados.

Esta mutación temporal tiene efectos cognitivos y afectivos. La atención, expuesta a estímulos múltiples y cambiantes, se fragmenta con mayor facilidad, la anticipación constante mantiene activado el sistema dopaminérgico, mientras que la exposición a evaluación pública y comparación social sostiene niveles de vigilancia. Cuando el presente se experimenta como torrente, el futuro pierde densidad proyectiva. No aparece

como horizonte hacia el cual caminar, sino como prolongación intensificada del mismo flujo. La sensación subjetiva no es “vamos hacia algo”, sino “esto no se detiene”.

Aquí emerge un elemento crucial para comprender la distancia política entre generaciones. Durante el siglo XX, incluso en contextos de conflicto, existían grandes relatos orientadores. Podían ser revolucionarios, desarrollistas, socialdemócratas o neoliberales, pero ofrecían direccionalidad histórica. El sacrificio presente encontraba sentido en un mañana imaginado como distinto. Hoy esos relatos se han erosionado o fragmentado. Las crisis financieras, la desigualdad persistente, la precarización laboral, la crisis climática y la inestabilidad geopolítica han debilitado la credibilidad de promesas lineales de progreso. En este contexto, convocar a grandes esfuerzos en nombre de un futuro abstracto puede resultar desconectado de la experiencia vivida de saturación.

Los nichos y el torrente de intensidad

El tiempo juvenil contemporáneo no es solo acelerado; es intermitentemente espasmódico. La segmentación algorítmica organiza la experiencia en nichos de identificación altamente intensos. Cada joven habita múltiples micromundos temáticos que estructuran su pertenencia afectiva: comunidades musicales, deportivas, de videojuegos, de activismo, de creación digital. Cuando ocurre un evento significativo dentro de ese universo, se activa una conversación masiva sincronizada. La intensidad no proviene únicamente del hecho original, sino del intercambio colectivo en tiempo real. La emoción se amplifica por contagio y validación simultánea.

Estos picos generan alteraciones fisiológicas concretas: aumento de activación, reducción del sueño, focalización extrema. Desde afuera pueden parecer trivialidades —un lanzamiento musical, una actualización de juego, una polémica entre referentes digitales—, pero para quien está involucrado constituyen hitos centrales en su calendario emocional. La identidad se afirma en la participación. La conversación no es accesorio del evento; es el evento mismo.

La consecuencia es una topografía temporal compuesta por flujo continuo y cataratas periódicas. Entre un pico y otro, el scroll sostiene la continuidad; durante el pico, la intensidad reorganiza la noche y desplaza otras prioridades. Esta dinámica no es patológica en sí misma; la humanidad siempre conoció momentos de alta intensidad colectiva. La diferencia radica en la frecuencia y en la ausencia de umbrales claros de cierre. La conversación rara vez concluye; se desplaza hacia el siguiente estímulo.

La trinchera de la dispersión: ¿Deterioro o mutación táctica?

Cuando nos sentamos a dialogar con los jóvenes sobre su relación con la tecnología, es frecuente que el diagnóstico institucional oscile entre la nostalgia por un pasado analógico y la alarma ante una supuesta incapacidad de los "nativos digitales" para sostener la atención. Observamos sus pantallas, la velocidad con la que navegan —saltando entre estímulos, ventanas y flujos de información— y sentenciamos, con una ligereza que espanta, un "deterioro" irreversible de su control ejecutivo. Pero, ¿y si esa supuesta dispersión fuera, en realidad, una respuesta táctica ante un entorno diseñado para la captura permanente?

Para comprender esto, debemos abandonar la idea de que la "atención profunda" (la lectura lineal y solitaria al estilo Gutenberg) es el único estado legítimo del pensamiento crítico. Algunos estudios han advertido sobre el paso de una *atención profunda* hacia una "hiperatención" (*hyper-attention*), un estilo cognitivo que no es una patología, sino una adaptación necesaria. Mientras el sistema nos exige una atención enfocada —un blanco fácil para ser interrumpido, monetizado y extraído—, los jóvenes han desarrollado una red de navegación nómada.

No están perdiendo el hilo, están triangulando la realidad. Mientras un sujeto educado bajo el modelo tradicional confía en una única fuente para formar su juicio, el joven contemporáneo somete a prueba múltiples nodos de información en un mismo instante. Los análisis sobre el lenguaje de los nuevos medios indican que la lógica actual ya no es la narrativa lineal, sino la base de datos: el pensamiento crítico ha dejado de ser un ejercicio de profundidad solitaria para convertirse en una competencia de síntesis relacional.

Esta "atención fragmentada" opera como una trinchera: al no depositar toda su capacidad atencional en un solo flujo, el sujeto joven evita ser capturado por la narrativa única del algoritmo. Es como una *inteligencia colectiva*, una forma de validación que ocurre en el foro, en el hilo de comentarios y en la edición colaborativa, donde el conocimiento se vuelve distribuido.

Sin embargo, aquí reside el riesgo real que debemos nombrar: esta potencia es una fortaleza precaria.

Si bien la dispersión permite una resistencia táctica, el costo biológico es inmenso. El cuerpo, constantemente sometido a este *switching* de alta frecuencia, vive en un estado de alerta constante, agotando su energía vital. A diferencia de lo que sostienen visiones

optimistas que argumentan que los entornos digitales complejos fortalecen modelos mentales más sofisticados, deberíamos entender que este esfuerzo cognitivo, si no está protegido, es insostenible.

El desafío, por lo tanto, no es volver a imponer una concentración “monástica” que ya no tiene lugar en el mundo, sino proteger la soberanía mental. Sin la infraestructura del alivio como proyecto político —espacios, tiempos y condiciones que permitan al sistema nervioso salir del modo “supervivencia”—, esa agilidad cognitiva que hoy los jóvenes utilizan como defensa terminará quemándose. La dispersión deja de ser una trinchera para convertirse en un *burnout* generacional si no se le garantiza a la juventud una red de atención que sea soberana, capaz de sintetizar el mundo sin que el mundo termine por consumirles el cuerpo.

La mochila

Si a esta arquitectura temporal y atencional le sumamos la fragmentación espacial contemporánea —familias con múltiples domicilios, traslados constantes, trayectorias educativas inestables— el cuadro se complejiza aún más. La continuidad digital convive con movilidad material frecuente. Muchos jóvenes habitan una geografía partida: alternan casas, contextos normativos y climas emocionales. La mochila que se traslada de un lugar a otro no es solo objeto funcional; simboliza una subjetividad en tránsito permanente. La energía psíquica invertida en adaptarse a reglas y entornos cambiantes no suele tematizarse, pero constituye carga cognitiva real.

En este escenario, el espacio digital puede percibirse como territorio más estable que el físico. Allí los códigos son reconocibles, las comunidades se mantienen y la pertenencia no depende del domicilio. Sin embargo, esa estabilidad es ambivalente: ofrece continuidad, pero también exposición constante. El refugio es relativo. La identidad es editable y cuantificable; la validación es visible; el error puede amplificarse indefinidamente. El sujeto se experimenta como proyecto permanentemente evaluado.

Un algoritmo para cada clase

La estratificación social introduce diferencias decisivas en la forma de habitar esta continuidad. La experiencia generacional no es homogénea. En sectores acomodados, la hiperconectividad se amortigua con infraestructura de contención: actividades extracurriculares, espacios físicos amplios, acceso a apoyo terapéutico. El verdadero

privilegio no es poseer dispositivos, sino poder desconectarse sin riesgo de exclusión, poder elegir la pausa, desacelerar.

En la clase media urbana, la aceleración adopta tonalidad particularmente ansiosa. Aquí confluyen aspiración y temor al descenso social. La vida se convierte en portafolio: cada experiencia debe traducirse en avance visible. La comparación estética y económica, amplificada por redes, intensifica la presión por rendimiento continuo. El sujeto no solo debe progresar; debe mostrar que progresa. La imagen de equilibrio debe sostenerse incluso cuando la incertidumbre material atraviesa el hogar.

En los sectores populares, el dispositivo digital cumple además función laboral directa. El celular no es solo escenario de identidad; es herramienta de ingreso. La economía de plataformas convierte la conexión en condición de subsistencia y cada notificación puede representar trabajo o pérdida, haciendo que la frontera entre tiempo libre y tiempo laboral se diluya. La posibilidad de apagar el dispositivo no depende únicamente de voluntad, sino de necesidad económica. Aquí la aceleración es simultáneamente informativa y financiera.

Estas diferencias muestran que la continuidad digital se incrusta en estructuras desiguales preexistentes. No todos los cuerpos se agotan por las mismas razones ni buscan alivio del mismo modo. En algunos contextos, la regulación se ensaya a través de estéticas de ralentización (slow and reverb, estética lo-fi: música lenta, atmósferas envolventes, consumo introspectivo) que intentan expandir simbólicamente el espacio cuando el espacio material es estrecho. En otros, el alivio se construye en intensidad compartida: música fuerte, baile, encuentro colectivo. La desaceleración puede adoptar formas silenciosas o explosivas, según la textura social en la que se inscribe. No es raro encontrar cientos de listas de reproducción en youtube o spotify de canciones de rock de los 80 o 90, música pop actual o éxitos del RKT ralentizados y con voces transfiguradas al eco. La desaceleración es la marca de la apropiación de lo establecido, devuelto al entorno digital como un manifiesto.

La manada

En medio de esta arquitectura, la grupalidad emerge como intersticio decisivo de regulación. A diferencia de los grandes colectivos ideológicos del siglo pasado, las pertenencias juveniles actuales suelen organizarse en núcleos reducidos. Pequeñas manadas de pares que funcionan como amortiguadores emocionales que en un entorno

de evaluación permanente, ofrecen reconocimiento no cuantificado. La co-regulación interpersonal, estudiada por la neurociencia contemporánea, muestra que los sistemas nerviosos se sincronizan en presencia segura. La risa compartida, el contacto, la proximidad corporal reducen la activación simpática (dopamina) y fortalecen la sensación de pertenencia y seguridad (oxitocina).

Incluso cuando el grupo comparte contenido digital, la presencia modifica la experiencia. El mismo estímulo, consumido en soledad o en compañía, produce efectos distintos. La manada intensifica y regula a la vez amplificando emociones por contagio, pero también amortiguando angustias individuales. En un régimen que personaliza estímulos y aísla en burbujas algorítmicas, el grupo pequeño reintroduce dimensión colectiva concreta.

Aquí la disputa simbólica adquiere relevancia. La derecha mainstream construye narrativas que exaltan al individuo solitario, fuerte frente al mundo, que encuentran eco en contextos de incertidumbre: el León de La Libertad Avanza es un claro ejemplo de un significante del individualismo depredador ilusorio. Sin embargo, esa metáfora deja al sujeto aislado ante la intemperie. Una política del alivio debe ofrecer otra imagen de potencia: la interdependencia organizada. No la negación del conflicto, porque ahí la fortaleza del individuo es importante, y cualquier narrativa tiene que darle reconocimiento al esfuerzo personal, sino la construcción de espacios donde esa fortaleza se derive del cuidado mutuo y no de la combustión permanente de emociones de descarga contra pares, o contra uno mismo. Una metáfora que podemos oponer al individualismo del León de Milei es el Lobo en una manada. Un significante claro de fortaleza individual en un contexto de grupalidad. Pero entiéndase bien, no de colectividad o comunidad, la mayoría de los adolescentes y jóvenes no han tenido fuertes experiencias de esa dimensión, así que el punto de partida, el intersticio, es la grupalidad.

Ahora bien, hablarle a la juventud, en este contexto, no implica invadir sus espacios íntimos ni colonizar conversaciones, sino construir mensajes que puedan circular en esos grupos sin aislar al individuo que los comparte. La transmisión de ideas en pequeños núcleos depende menos de argumentación exhaustiva que de resonancia afectiva. Un mensaje que legitime el cansancio, que nombre la precariedad concreta, que proponga alivio tangible —regulación de deudas abusivas, protección laboral efectiva, financiamiento de espacios físicos de encuentro— puede integrarse a la conversación cotidiana sin exigir heroísmo abstracto.

La clave estratégica no es monopolizar la charla, sino estar disponible cuando el tópico de la política emerge durante unos minutos en el resto del universo de tópicos que tiene la grupalidad. Y aprovechar ese instante no va a derivar de convocar a épicas sacrificiales, sino de ofrecer un presente habitable. Un cuerpo exhausto no delibera con apertura; busca reducir la amenaza inmediata, por lo tanto una generación saturada no rechaza necesariamente la transformación estructural; necesita primero experimentar condiciones mínimas de seguridad para poder dar pasos en imaginar algo más allá de un presente continuo acelerado.

Por eso, la política del alivio no es sentimentalismo ni retirada histórica. Es reconocimiento de que el conflicto central de nuestra época también es un conflicto de ritmo. El capitalismo acelerado no solo organiza producción y consumo; captura atención y coloniza el tiempo de vida, el deseo y las relaciones. Devuelve como natural un estado de alerta permanente que erosiona la capacidad de imaginar alternativas.

Restituir umbrales —temporales y espaciales— no es nostalgia analógica, es una intervención sobre la arquitectura afectiva del presente. Significa regular diseños adictivos, proteger descansos reales, financiar espacios comunitarios seguros donde la presencia no esté subordinada al consumo, garantizar estabilidad material que reduzca anticipación ansiosa. Significa comprender que la emancipación contemporánea también debe ser neuroafectiva.

Hablar de generación sin umbral es, en última instancia, nombrar el punto donde el cuerpo revela la forma histórica de organización de la vida. El cansancio juvenil no es enigma biológico ni defecto moral; es síntoma estructural. Comprenderlo no implica idealizar ni romantizar, sino asumir que cualquier proyecto político relevante deberá comenzar allí donde el sistema nervioso está sitiado.

Si el asedio contemporáneo opera modulando ritmos y capturando continuidad, el alivio consistirá en devolver la posibilidad de la pausa sin culpa y sin miedo, de la pertenencia sin exposición constante, y de un futuro que no se experimente como extensión agotadora del presente. Solo desde un presente respirable puede reabrirse la pregunta por el horizonte. Recuperar límites habitables es, quizás, el primer gesto verdaderamente radical de nuestro tiempo.

